



EL MÍSTICO YAGUARETÉ

¡Ay, corazón del tigrero
que se encontró con la huella,
y presiente que se anuda
su propio destino en ella!

Jaime Dávalos

Perseguido por su bellísima piel y por considerarlo enemigo del hombre por matar su ganado, el jaguar, yaguaraté, tigre para los primeros españoles y para la gente de campo en tiempos pasados y también en la actualidad, es el mayor felino de América. Según manifiesta el zoólogo Ángel Cabrera también se lo llama yaguara o yanuara en tupí-guaraní, pero debido a las numerosas variantes de esta lengua en algunos lugares se impuso el nombre de yaguareté, uturunco en quichua y nahuel en araucano. Los nombres que recibe en toda su distribución desde el sur de Norteamérica hasta la Argentina son tan numerosos como disímiles.

Su presencia produce sentimientos casi opuestos

como el terror y la admiración. La alta cotización de su piel en los mercados europeos hizo que hubiera gauchos que se dedicaran a caza y fueron llamados tigreros. A los aspectos vinculados con este arte y los referidos a la fuerza y destreza del “tigre americano” son los que narraremos en estos párrafos.

Es casi unánime la opinión de distintos viajeros de siglos pasados que tuvieron contacto con este animal o escucharon relatos, al decir que evita el encuentro con el hombre. Dice A. Cabrera “Aunque el yaguareté sea, sin duda alguna, el más poderoso y temible de los carnívoros sudamericanos, por regla general no es peligro para el hombre mientras éste no lo provoca. En ninguna parte de nuestro continente hace este



animal tantas víctimas como hace el tigre verdadero en muchos distritos de la India, o el leopardo en algunas regiones de África". No ocurre lo mismo con el ganado, dado que al presente sucede con cierta frecuencia, especialmente en la provincia de Salta, ver este tipo de animales muertos por el ataque de un yaguareté. Esto, casi inevitablemente, provoca que dos o tres paisanos salgan tras los rastros del felino y terminen con su vida. No obstante lo antes dicho, de tiempos pasados circulan muchos relatos de feroces ataques sufridos por los hombres en distintas lugares y circunstancias, en los que a veces pareciera haber una dosis de exageración.

El propio Darwin se hace eco de un relato que dice que en la ciudad de Santa Fe un yaguareté ingresó a una iglesia y mató a dos sacerdotes y salvándose un tercero milagrosamente. También en la provincia de Santa Fe- en el norte en este caso-, narra el prestigioso naturalista Raúl Carman, que en pleno verano del año 1887 una patrulla policial circulaba por el departamento Las Colonias sufriendo, además del intenso calor, la molestia de mosquitos y todo tipo de insectos. Cuando atardecía don Calp, el jefe de la patrulla, vio entre el pastizal contiguo al camino la silueta de un tigre de gran tamaño e inmediatamente le disparó con su arma y observó que el felino tras dar un salto cayó



Cuenta Jorge Luis Borges que su padre, cuando era niño, conoció en Buenos Aires a varios hombres cuyo oficio era matar jaguares. La gente los llamaba “tigres” debido a que el jaguar es como un tigre, aunque más pequeño. Para la faena aquellos hombres llevaban una jauría, un poncho y un largo cuchillo. Una vez que los perros sacaban al jaguar de su madriguera, el tigrero sujetaba el poncho con el brazo izquierdo moviéndolo de arriba abajo. El jaguar siempre respondía de la misma manera: saltaba y, como el poncho apenas cubría las manos del tigrero, le rasgaba la piel con sus garras. Pero sucedía que al hacer esto el jaguar se exponía al cuchillo del cazador, quien lo mataba de un tajo. Así se evitaba que abundaran los jaguares. El

tigrero descansaba hasta que volvía a haber ganado muerto por un jaguar y lo llamaban de nuevo. Él entonces hacía su trabajo como si fuera común y corriente, y volvía a su vida tranquila. La gente no lo tenía en alta estima, pero no por las razones que pudieran darse en la actualidad. Era más bien porque se consideraba como cualquier otro trabajo, como el de ganadero o domador de caballos. Y aun cuando no se le escapara un solo jaguar, nadie lo miraba como a un héroe sino como a un buen carpintero o a un buen marinero. Según el padre de Borges, el tigrero no era más que “un trabajador especializado”.

Esteban Peicovich, “Borges, el palabrista”, editorial Viva, Madrid 1980, pp. 76-78



pesadamente, emanando de su herida abundante sangre. Calp bajó del caballo y se acercó a la fiera para rematarla con un segundo disparo, pero ésta con sorprendente velocidad proporcionó un brutal zarpazo en la cara del hombre produciéndole una importante herida que no fue más porque otro de los policías descargó el arma hasta rematar definitivamente a tan feroz animal. Llegando a la ciudad de Esperanza- provincia de Santa Fe- el herido fue atendido por un médico y este comprobó que la herida tenía una importante infección y se temió por la vida de la persona durante varios días hasta que se recuperó definitivamente. Por su parte el renombrado jesuita Florián Paucke

dejó escrito en sus crónicas refiriéndose al tigre “se encuentra por todas partes y vuelve muy inseguros los campamentos nocturnos y los caminos”.

Ruy Díaz Guzmán (1558-1629) nacido en Asunción y a quien se atribuye ser el primer escritor criollo y también quien utilizó por primera vez el nombre de Argentina para referirse a esa nación, en sus crónicas de viajes por la incipiente ciudad de Buenos Aires nos dejó su curiosa impresión sobre la abundancia del gran felino- incluyendo al puma y al ozelote- de esta forma “...por haber sobrevenido al pueblo una furiosa plaga de tigres, onzas y leones, que los mataban y comían en saliendo del fuerte; que los hacían pedazos, de tal manera, que para salir a hacer sus necesidades, era necesario que saliese número de gente para resguardo de los que salían a ellas.”

Como el lector podrá imaginar, también se dijo mucho sobre el enfrentamiento de yaguareté con el puma. Si bien es real que compartían y aún comparten espacios comunes, prevalece la opinión que ambos felinos eluden encontrarse y que en caso que ello ocurra sería el puma quien toma la iniciativa de hostigar al jaguar haciendo gala de su mayor agilidad y éste decide apartarse evitando la pelea.

Lo opuesto a lo narrado precedentemente sería comentar algunas cosas relacionadas con la caza del tigre por parte del hombre, hecho que junto a la destrucción de su hábitat, ha sido motivo de la muy significativa merma de las poblaciones de la especie. Tanto en el norte argentino donde sólo hay poblaciones relictuales en las selvas de las Yungas, en la Paranaense y aislados avistajes en la región chaqueña como en la mayoría de las países sudamericanos y de Centroamérica –incluyendo México- se lo considera especie con alto rango de amenaza.

Cada pueblo de América ha tenido sus métodos de

Clase: Mammalia

Orden: Carnívora

Familia: Felidae

Genero: Panthera

Especie: Panthera onca , también Leo onca

Largo máximo macho: 2,50 m(el estandar es de 1,80 a 2,20)

Peso máximo aproximado macho: 130 a 140 kg

Reproducción: la hembra tiene entre 2 y 4 crías que pesan 700 a 900 gr. Independencia: los cachorros acompañan a la madre un año y medio o dos antes de independizarse por completo.

Tiempo gestación: alrededor de 100 días

Distribución: desde el sudoeste de Estados Unidos hasta las orillas del río Negro en Argentina

Estatus nacional: En Peligro

CITES: Apéndice I

Áreas Protegidas y provincias donde fue citado:

P.N. Baritú (Salta); P.N. Calilegua (Jujuy); P. N.

Copo (Santiago del Estero); futuro P.N. La Fidelidad o Impenetrable Chaqueño (Chaco); P.N.

Iguazú (Misiones); R. N. El Nogalar de los Toldos

(Salta); P.N. Río Pilcomayo (Formosa) y R.N.

San Antonio (Misiones). Además de numerosas

reservas de ámbito provincial y privado.

captura. Es destacable el rol que algunos gauchos asumían como cazadores del yaguareté; se los llamaba “tigreros”. Eran personas rudas acostumbradas a enfrentarse con los rigores de la naturaleza por su estilo de vida campero, su coraje fue resaltado por muchos escritores que dedicaron algunas de sus páginas a describir a este singular personaje.

Creemos oportuno transcribir párrafos del ya mencionado experto naturalista Raúl Carman, quien se refiere al tema con las siguientes palabras: “Entre los testimonio que conocemos sobre cacería de tigres en lo que es hoy territorio argentino y en la Banda Oriental, es posible distinguir los que hacen referencia

a una captura premeditada, es decir mediante una cacería organizada, de los que relatan un encuentro puramente ocasional. En ambos casos el hombre de la campaña pone de manifiesto su destreza y su coraje. Pero cuando el encuentro no está previsto exhibe aquél más claramente la variedad de recursos con que estaba dotado para enfrentar la naturaleza”.

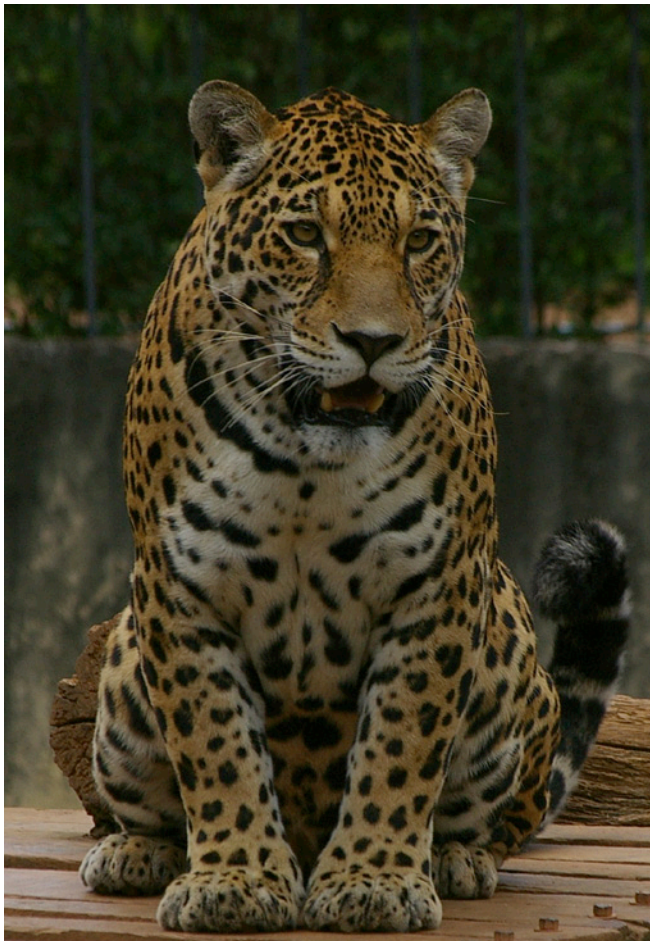
Una de las formas utilizadas por el hombre de campo para identificar el posible lugar donde hubiera u tigre era tomar como referencia el vuelo de los jotes o buitres. Allí podían estar los restos de alguna presa que hubiere cazado este felino dado que no la ingiere con interrupciones pero, por lógica, siempre vuelve a ese



sitio mientras persista el alimento.

La compañía de perros era fundamental, justamente la jauría se encargaba de detectar el animal y mantenerlo acechado hasta que el gaucho descendía del caballo y se acercaba al tigre agitando el poncho con su mano izquierda hasta que en un instante el acorralado animal se lanzaba hacia el brazo izquierdo y con la misma velocidad el hombre le clavaba el puñal que llevaba en su mano derecha. Al imaginarse esta situación seguramente el lector asentirá lo comentando sobre el coraje de esta gente.

Otra forma de caza fue la misma situación anterior pero el cazador hacía fuego desde el caballo con su



arma, pero esto fue el tiempos más cercanos cuando hubo armas adecuadas para esa situación.

También se utilizaba el acecho desde un pozo previamente socavado de un metro ochenta aproximadamente de profundidad generalmente camuflado con ramas. Se ponía como cebo un chivo o un cordero y en algún momento de la noche casi con seguridad se aproximaba algún tigre y el cazador disparaba su arma con la poca luz que le proporcionaba la luna y utilizaba, casi siempre, el brillo de los ojos del tigre para hacer puntería. La lanza fue otra arma utilizada por estos gauchos aunque los mocovíes la empleaban asiduamente acorralando y hostigando entre varios a la presa hasta lograr que se abalanzara sobre ellos para traspasarlo con la lanza.

Otra variante que empleó el gaucho fue utilizar el momento en que los perros atropellan a la fiera para bajarse del caballo y ultimar a la víctima con un fuerte golpe de boleadoras.

La maestría en el empleo del lazo fue otro de los atributos indiscutidos del gaucho y este elemento indispensable para sus tareas fue empleado en una oportunidad para cazar al yaguareté. Para narrar este episodio nada mejor que reproducir lo descrito por Carman en su libro "De la fauna bonaerense". Dice así: "Calderón, hombre diestro en el manejo del lazo y del cuchillo, se hallaba a caballo de recorrida por aquel campo, cuando observó que un cuerpo se escondía entre los pajonales. Suponiendo que se trataba de un puma, arrojó su lazo y con él tomó a la fiera por el cuello. Cuál no sería su sorpresa cuando advirtió que tenía atado a su recado, en el extremo del lazo, un enorme tigre que avanzaba furiosos hacia él. Barés, dueños del campo y autor del relato, dice textualmente que sorprendido y asustado por haber puesto corbata a semejante parroquiano, el gaucho empezó a correr,



seguido por el bicho que parecía desear tratarlo más de cerca. En semejante apuro, Calderón no perdió la serenidad y, viendo en las proximidades un corpulento caldén, corrió hacia él a todo galope, y llegando dio varias vueltas en derredor del árbol hasta que el tigre hasta dejar al tigre con la cabeza pegada al tronco y tirando con todas sus fuerzas del lazo, lo que contribuía a ahorcarlo aún más y descendiendo entonces del caballo lo ultimó con su cuchillo.”

Los aborígenes pampeanos lo enlazaban por el cuello y lo arrastraban hasta asfixiarlo, o bien, actuaban dos enlazadores, que al tenerlo inmovilizado daban lugar a un tercero para

El yaguareté (*Panthera onca*) es un animal emblemático en la Argentina y en los países donde alcanza su distribución. Dio lugar al nombre de varias localidades,

clubes de fútbol, el más importante equipo de rugby de Argentina, más conocida (equivocadamente) como Los Pumas tiene como símbolo el Yaguareté, poemas y canciones.

Hoy, numerosos emprendimientos organizados por distintas entidades no gubernamentales, instituciones académicas y organismos del Estado tratan por todos los medios que en territorio argentino permanezca una población viable de esta especie dado el alto valor para la conservación que reviste al encabezar la cadena trófica en nuestros ecosistemas.